Al llegar a la huerta, no notaba el cansancio ni el dolor de las ampollas ni la flaqueza de no haber comido. La Loba estaba sentada en una silla de la casita con nuestro hijo en sus brazos. Llevaba de esta suerte más de veinticuatro horas. La Loba gimoteaba sin lágrimas y mi hijo estaba muerto. Los abracé a los dos y permanecí en silencio, llorando.

Yo nunca había llorado hasta ese momento. Durante muchos minutos mi dolor fue el de mi pérdida. Luego empecé a concebir como propio el de la Loba. ¡Dios mío! Había visto ahogarse a su hijo en el arroyo y desde entonces lo tenía acunado entre sus brazos sin que nadie la hubiera consolado. «Ya está, cariño, mi amor, ya está», le repetí besándola. Estaba en otro mundo, pero me oía y por fin podía sentirse acompañada en el sufrimiento. «Estoy aquí contigo, mi amor. Ya no estás sola». Su pena era un agujero negro que se tragaba a todo el universo. Al no tener un pecho sobre el que llorar, el dolor se le había amontonado y corrompido dentro.

–¿Por qué te fuiste? –dijo, al cabo.

–No sabía... No sé cómo... No tenía que haberme ido –le contesté.

Enterramos a Libertad (la Esperanza) a la sombra del ciruelo acompañados de Impreciso, Libuell, Dam y Pirindolo y de algunos revolucionarios amigos de la Loba. Altea asistió desde lejos, pero se preocupó de que la viera y cruzó conmigo una mirada que expresaba su pesar.

Cuando todos se fueron y la Loba y yo nos quedamos solos, ella se acostó sin comer, de lado, mirando a la pared con los ojos muy abiertos.

–Tienes que comer algo –le dije acariciándole el pelo–. No puedes estar sin comer y yo te necesito.

–No tengo hambre –me contestó.

Yo insistí, pero ella no volvió a hablarme y yo acerqué una silla y me senté a su lado. Su alma era una fosa oscura y en su mente no había más que imágenes de nuestro hijo.

Al ser de día, se levantó y se fue a la sombra del ciruelo, donde estuvo de pie mirando a la tumba hasta que yo me la traje abrazada a la casa, donde se comió una manzana y se bebió un vaso de leche. A mediodía, sin embargo, no probó bocado. Por la tarde, vinieron unos compañeros suyos que recordaron anécdotas divertidas para entretenerla, pero ella no les prestó atención, y poco antes del anochecer, se presentó Pirindolo y le ladró estérilmente suplicando su interés. Se acostó temprano sin cenar y se quedó mirando al techo. Yo me senté a su lado y pretendí en vano tener una conversación con ella.

Así un día y otro. A veces, yo dejaba que el tiempo desplegara sobre ella sus efectos benéficos. Pero el tiempo no forjaba un nuevo equilibrio de sentimientos y yo, que siempre había creído que sabría completar los huecos de cualquier alma humana, descubrí que no podía llenar el de una madre.

 –Déjalo: esto no se me va a pasar –me confesó finalmente.

La herida era muy grande, en efecto, y había interesado lo más vital de sus adentros. Las almas –descubrí entonces–también tienen cáncer y se mueren despacio dentro de los cuerpos, aunque estos sean vigorosos. Un alma prácticamente muerta exige el final de su cuerpo para descansar. Yo, a pesar de todo, no me resignaba a ese fin.

–Debí estar aquí contigo, cariño, mi amor. Estar tanto a solas con tu hijo muerto te ha trastornado. Pero recuerda cómo le pusimos, Esperanza: no te niegues la esperanza, no me niegues la esperanza de ti. Por favor, cúlpame, quítate ese peso de encima y cúlpame. Convierte ese vacío en algo, aunque sea doloroso: en odio contra mí, en rencor contra Dios, en desengaño y amargura. ¡Si supieras como me has cambiado! Yo era antes un ser incapaz de sentir afecto y ahora, fíjate, la bondad no es del todo ajena a mí y soy un hombre que sufre al ver el sufrimiento de otros. He conseguido entrar en Rodas. Es el paraíso. Viviremos allí, cariño, y sus murallas nos protegerán de las miserias humanas. Tendremos, no puedo negártelo, que convivir con el dolor de existir, con la enfermedad y con la muerte, incluso con la de nuestros propios hijos, pues la muerte existe también en aquel lugar, y la memoria de ella. Por favor, haz por la vida. No puedo verte así. Si morirme te aliviara, aunque fuera mínimamente, me mataría.

Era inútil: la Loba había decidido abandonarse a su acabamiento. Y mis cuidados no hacían más que hacerla sufrir retrasándole esa circunstancia.

–Si me quieres, déjame que me muera –me dijo.

Una mañana sacó una hamaca y se sentó frente a la tumba. Llevaba la decisión tomada de no moverse de su lado y de no comer ni beber. Durante algún momento de los seis días siguientes, llovió, y yo sostuve un paraguas para que no se mojara; hizo calor, y yo la mudé según se movía la sombra del ciruelo; hizo frío (casi todas las noches), y yo la arropé con mantas y le di friegas en las piernas y en los brazos. Hice eso y más, pero ni la obligué a beber ni le pedí que bebiera, y el agua del arroyo corría a unos cuantos metros de nosotros.

Poco antes de morir, me apretó la mano con las escasas fuerzas que le quedaban y me dijo:

 –Tú no tuviste la culpa, ni yo, ni nadie. Me muero porque ya estoy muerta.